

La Sagrada Familia de Jesús María y José

Una anciana que profetiza la llegada de la liberación

Lucas 2,36-40

“Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada... alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén”

El texto de hoy le da continuidad al de ayer y lo concluye como debe ser: “*Así se cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor*” (v.39). En torno a este cumplimiento vemos en primer lugar vemos la anciana Ana que también le da la bienvenida al niño Jesús y, en segundo lugar, un resumen de la infancia de Jesús elaborado por el evangelista.

1. Jesús y la profetiza Ana (2,36-38)

Al lado de la figura masculina que vimos ayer, el anciano Simeón, Lucas coloca un personaje femenino.

Ana está colocada al mismo nivel de Simeón, representando -junto con él- al Israel que da el paso de fe ante Jesús. Más adelante, en el relato del ministerio de Jesús, podremos notar cómo al lado de los discípulos están las discípulas y cómo este hecho es ya “buena noticia” porque contesta la entonces tradicional marginación de la mujer en el mundo hebreo. Israelita hasta los tuétanos (véase su descripción), Ana tiene el coraje de reconocer en el recién nacido al Redentor y hace una confesión abierta de fe.

De la anciana Ana se dice expresamente, además, que tiene un ministerio. Ella como servidora de Dios, se coloca también al servicio de Jesús: desde que lo encuentra, su ministerio profético es el anuncio de Jesús: “*alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén*”. Las palabras de Ana nos remiten de nuevo al mensaje central de este capítulo: en Jesús se han realizado todas las promesas de parte de Dios y se ha satisfecho la espera de parte del pueblo.

2. Jesús crece bajo la tutela de su familia (2,40)

Lucas nos lleva finalmente a acompañar —con breves alusiones pero todas ellas muy importantes— el proceso de crecimiento de Jesús, hasta que alcanza su madurez (2,40; en 2,51-52 encontramos nuevos datos). Lucas nos dice en pocas palabras que Jesús se desarrolla de manera progresiva y armoniosa. El niño débil se hace fuerte y aprende a conducir su vida con sabiduría (ver Eclesiástico 51,17).

La madurez que viene con el aumento de edad (“estatura física”, “ante los hombres”) es también la madurez espiritual: “ante Dios”. Todos pueden verificar los progresos de Jesús, así como en Eclesiástico 45,1 se decía de Moisés: “*Hizo salir de él un hombre de bien que hallaba gracia a los ojos de todos, amado por Dios y por los hombres*”. Jesús es presentado como hombre

perfecto que vivió su desarrollo a cabalidad y que está en condiciones de conducir a los hombres a su mismo estado. Este es precisamente el criterio fundamental de la educación en la familia.

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:

1. ¿Cuál es el significado de la presencia de Ana en la manifestación de Jesús al pueblo de Israel?
2. ¿Quiénes han sido las “Ana” de nuestra historia personal, mujeres de Iglesia que con la solidez de su fe nos han atraído hacia Jesús y nos han sostenido en la esperanza?
3. ¿Qué lección nos da el proceso de maduración humana y espiritual de Jesús? ¿Qué lecciones sacamos para impulsar procesos educativos a todos los niveles, en nuestras familias y comunidades?